

Ignacio Chávez

Selección de Ignacio Chávez Rivera
EL COLEGIO NACIONAL
MÉXICO, 1997

Obra /4

V. PÁGINAS DE HISTORIA Y BOSQUEJOS DE PERSONAJES CÉLEBRES

LAS PINTURAS MURALES EN EL INSTITUTO
NACIONAL DE CARDIOLOGÍA. MEXICO, 1943



México, D.F., a 21 de abril de 1943

Sr. Don Diego Rivera
Presente.

Querido Diego:

Me es grato enviarle, resumida en un cuadro sinóptico, la serie de acontecimientos históricos que han marcado una etapa en el avance de la cardiología. Están resumidos por temas, los más fecundos y, encarnados en hombres, los más representativos.

Una lectura rápida le permitirá darse cuenta de que esos hombres que forjaron la cardiología son de las más variadas nacionalidades: belgas y franceses, italianos y alemanes, ingleses y checos, españoles y norteamericanos, greco-romanos y austriacos. Este solo hecho parece marcar el espíritu que debe imprimirse al cuadro pictórico que usted va a realizar, y que consiste en subrayar que el progreso científico en nuestro ramo, lo mismo que en cualquiera otro, no ha sido patrimonio de ninguna raza pretendidamente superior ni de ninguna cultura cerradamente nacionalista. Es el genio del hombre de todos los tiempos y de todos los pueblos el que ha ido elaborando la cultura universal. Y es ese espíritu de universalidad el que va a tocarle a usted, como pintor de genio, plasmar en sus dos grandes frescos.

Son, desgraciadamente quizá, muchas las figuras para lienzos tan pequeños como lo que hemos puesto a su disposición; pero no es posible suprimir más de lo que ya he suprimido, ni creo que sea éste un obstáculo insuperable para usted, que maneja magistralmente las masas.

De treinta y tres hombres que he escogido, repartidos en diez temas, los hay que son primerísima fila, sea porque fueron genios o porque tuvieron su hora de genialidad. Son los que marco con mayúscula y los que importa, por lo tanto, que destaquen en su grupo. Los otros, los precursores, los continuadores, pueden quedar al lado de éstos o en un segundo plano, para marcar así categorías. Como obra que tiene su finalidad didáctica y que, además, no ha sido intentada antes en ninguna parte, nos interesa sobremanera que el espectador encuentre en estos retratos dos características: una, la mayor fidelidad posible en el parecido fisonómico y, otra, que cada uno de esos retratos ostente su nombre en la forma que usted estime mejor. Este último detalle daría un aspecto de vejez al cuadro, semejante al de numerosas obras del Renacimiento italiano y a muchas imágenes.

El primer fresco lo concibo arrancando de un lado, con la obra de los anatomistas: los que primero hicieron autopsias y tuvieron el corazón en sus manos para fines de estudio, obra que fue en esfuerzo ascendente, ahondando, disecando, detallando, hasta que las manos y los ojos fueron ya incapaces de dar más detalles y recurrieron al auxilio de lentes y nació entonces la anatomía microscópica. En ese orden es como se los he colocado justamente en el cuadro sinóptico, arrancando de Vesallius, en el siglo XVII, para llegar a Oschoff, en el siglo presente. Los tres que preceden a Oschoff son, con este último, los hombres de la anatomía microscópica. Para ellos el microscopio será el símbolo. Para los cuatro primeros, que van de Vesallius a Morgagni, la mesa de autopsia y el cadáver son sus elementos de trabajo.

Siguiendo esa progresión ascendente, vendrá en el mismo lienzo la obra de los fisiólogos, desde Galeno, tomando por primera vez el pulso con fines de estudio, hasta William Harvey, creador de la fisiología experimental de la circulación. En ese mismo lienzo de anatomistas y fisiólogos, pienso que deben tener cabida los que empezaron a explorar al hombre con intención diagnóstica, y pongo allí a los dos que elaboraron la percusión y a los tres que edificaron la auscultación, colocando naturalmente, como figura principalísima, a Laennec entre estos últimos. Quedan así en ese lienzo dieciséis figuras y cuatro temas: anatomistas, fisiólogos, percutores y auscultadores.

Las otras diecisiete figuras, repartidas en seis temas, serán para el segundo lienzo.

Me lo imagino arrancando abajo con los que han hecho la terapéutica, porque el hombre no esperó a tener conocimientos precisos ni datos científicos para buscar alivio a sus males. Y desde el hombre primitivo hasta la fecha, la búsqueda de drogas salvadoras no se ha detenido jamás. Comenzaría el segundo lienzo, por lo tanto, con la obra de Withering, que nos dio la digital, sin la cual no habría existido la terapéutica cardiológica. La rama de *digitalis purpurea*, entre sus manos, bien puede ser el símbolo de su obra. A su lado, pero en segundo término, quedaría Vaquez, utilizando la ouabaina por vía intravenosa, droga extraída de las plantas con las cuales los salvajes envenenan sus flechas. Esa planta, o la jeringuilla hipodérmica entre sus manos, puede servir para caracterizar su obra.

Y siguiendo con el movimiento ascendente del conocimiento, vienen los clínicos, los que han echado mano de los datos aportados por anatomistas y fisiólogos, percutores y auscultadores. Aparecerían allí las siete figuras seleccionadas, de entre las cuales es preciso destacar la del viejo Potain, caracterizada como el tipo de clínico que recoge sus datos a la cabecera misma del enfermo. Junto a los clínicos vienen los que no contentos con explorar mediante las manos, los ojos y los oídos, empezaron a recurrir a instrumentos: están allí dos, los que midieron la tensión arterial mediante esfigmomanómetros, y otros dos, los que inscribieron gráficamente los fenómenos de la circulación; y uno más, Roentgen, que aportó un nuevo medio de visualizar los órganos profundos mediante los rayos X. Remataría el cuadro en la parte más alta con el grupo de los que han inscrito los fenómenos eléctricos del corazón y son los tres que representan la etapa electrocardiográfica. La figura central, la que encarna el genio de esa etapa es, como está apuntado en el cuadro sinóptico, Einthoven, y su símbolo es el primitivo electrocardiograma de cuerda, cuya imagen le acompaña junto con el retrato de Einthoven, o bien un tipo de trazado electrocardiográfico.

Quedan así, aunque desigualmente repartidos en temas, cuatro de un lado y seis del otro, repartidos en forma sensiblemente igual. Si por razón de composición llega usted a tropezar con dificultad para dar cabida a todos estos personajes, y se vuelve imperiosa la necesidad de reducir su número, le ruego que me lo diga para quitar algunos, escogiendo aquellos cuya obra haya tenido menos profundidad o haya sido menos fecunda.

En todo este proceso solo el hombre de América Latina y el hombre de Asia no aparecen. He pensado en lo que usted me dijo y lo encuentro muy bien. Podría ponerse al pie de primer cuadro al médico chino primitivo tomando el pulso de

su enfermo, mucho antes que Galeno, y al pie del segundo lienzo al indio de América y al negro de África, buscando entre las plantas las drogas con las cuales curar el corazón: la flor de la manita, el yalauxochitl, el estrofantus, etcétera. Estas figuras no representarían a un hombre determinado, serían la representación de un pueblo primitivo o de una raza. Por último, me agradecería ---y lo someto así a su crítica---- que la obra no solo marcara esa proyección ascendente en el conocimiento, sino que pudiera encontrar usted la manera de significar cómo el avance ha sido lento y trabajoso, opuesto cada uno de estos hombres a las rutinas, a los prejuicios, a la ignorancia y al fanatismo; cómo esa marcha ascensional fue venciendo obstáculos, abriendo brechas y corriendo riesgos. Si usted encuentra la manera, sería hermoso pintar ese grupo de hombres no como imágenes en actitud estática, sino moviéndose, esforzándose en una marcha ascensional.

Acompaño a usted, aparte el cuadro sinóptico donde están los detalles de carácter histórico, los libros en los cuales figuran los retratos. Me faltan solamente cuatro, que espero no serán un obstáculo para que usted avance en su boceto mientras yo logro conseguirlos.

Las rejillas metálicas para las pinturas al fresco han sido ya ordenadas. Espero que la semana próxima las vayan a instalar y esté usted en condiciones de empezar rápidamente.

Salgo unos cuantos días de vacaciones. A mi regreso me comunicaré con usted para saber si ya ha podido trabajar en el boceto.

Su amigo afectísimo,

Ignacio Chávez

PD. Espero haber hallado el hombre de América Latina digno de figurar en el cuadro. Es Agustín Castellanos, de Cuba, que ha introducido la angiocardiógrafa. Yo me comunicaré después con usted sobre este punto.